



La Novela Mexicana Contemporánea y Su Valor Testimonial

Author(s): Rosario Castellanos

Source: *Hispania*, Vol. 47, No. 2 (May, 1964), pp. 223-230

Published by: [American Association of Teachers of Spanish and Portuguese](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/336655>

Accessed: 01/11/2013 23:20

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



American Association of Teachers of Spanish and Portuguese is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Hispania*.

<http://www.jstor.org>

LA NOVELA MEXICANA CONTEMPORÁNEA Y SU VALOR TESTIMONIAL

ROSARIO CASTELLANOS

La novela mexicana, desde el momento mismo de su aparición, (que se ha hecho coincidir con la de *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi) ha sido, no un pasatiempo de ociosos ni un alarde de imaginativos ni un ejercicio de retóricos, sino algo más: un instrumento útil para captar nuestra realidad y para expresarla, para conferirle sentido y perdurabilidad.* En suma, la novela se ha concebido en México de manera igual a como lo hizo Thomas Mann: como una aspiración al conocimiento lúcido.

El novelista—sobre todo en las épocas históricas de sobresalto y lucha, que han sido las más frecuentes—ha trabajado con los materiales con los que trabaja el historiador y el sociólogo: los que proporciona la experiencia inmediata. Poco se ha empeñado en desbastar este material, en pulirlo, en mostrarlo bajo la especie de literatura, urgido como estaba en aprehender el instante que suponía trascendental y aún en participar en él para proporcionarle la figura y la orientación que sus convicciones le dictaban como adecuadas. Porque, hay que decirlo, en países como el nuestro donde la cultura continúa siendo un privilegio al que tienen acceso grupos muy reducidos de la población, la literatura no puede ejercerse de un modo profesionalmente exclusivo. El escritor ha sido, al mismo tiempo, el político, el funcionario, el hombre de acción y estos otros deberes, impostergables desde el punto de vista moral, robaban tiempo, energía para

la creación así como hacían imposible adoptar un punto de vista imparcial en relación con los hechos.

Por eso es que tantos de nuestros libros, que a regañadientes o con entusiasmo tenemos que considerar como clásicos—porque sin ellos no se comprende el desarrollo de las letras mexicanas—adolecen de fallas formales graves. Y también es frecuente el caso del autor que, queriendo remediar este descuido, recurra, no a la búsqueda de las leyes internas de los acontecimientos que narra, sino al expediente, más fácil y más rápido, de la imitación de las modas europeas (o norteamericanas, en épocas más recientes) cuyo trasplante a México no ha sido casi nunca feliz.

Pero los defectos de la obra literaria no deben ser imputados exclusivamente a su creador. Mucho ha habido de amorfo, de incoherente, de flúido, en esa realidad que nos circunda y que tan lentamente va plasmándose en una nación. Es hasta después del movimiento revolucionario de 1910 (que nos lega un cúmulo de testimonios y documentos y anécdotas, pero, si acaso, una o dos novelas) cuando comienza a surgir, en todas las modalidades artísticas, el deseo consciente y explícito de encontrar las formas propias, distintivas, inconfundibles, de ser y de parecer de un país que inicia, vigorosamente, su proceso de integración.

Las primeras que alcanzan la plenitud de sus propósitos son las artes plásticas. El color y la figura de nuestras circunstancias pasan a enriquecer nuestro patrimonio. Pero el concepto de *lo mexicano* resiste el asedio de los filósofos que buscan elevar a una definición, al nivel de las nociones claras y distintas, nuestra existencia, nuestra concepción peculiar del mundo,

* Conferencia leída en Ciudad Juárez el 25 de agosto de 1963 con motivo de la primera Feria del Libro y Festival de la cultura (Véase *Hispania*, marzo de 1964, pp. 160-162).

nuestros comportamientos originales.

Pero la literatura, para la cual el concepto es tan indispensable como su encarnación en personajes y situaciones concretas, sigue aprisionada entre las mallas de los relatos que, en última instancia no son significativos y cuyo estilo, en el mejor de los casos, puede calificarse de correcto.

Con esto no pretendemos restar importancia al trabajo y al rendimiento de autores como Mariano Azuela o como Martín Luis Guzmán, sin cuyo antecedente no sería posible esa especie de auge novelesco que puede advertirse desde el año de 1947 en que se publica *Al filo del agua* de Agustín Yáñez.

La originalidad de este libro no se encuentra en el tema sino en el enfoque y en la abundancia, variedad y novedad de medios para desarrollarlo. La historia es la de un pueblo, cualquier pueblo de México, en los últimos años de la dictadura porfiriana. Aislado, supersticioso, oprimido por sus rígidas normas morales y por sus esclerotizadas instituciones económicas; un *pueblo de mujeres enlutadas* en que el amor, aún el legitimado por la bendición eclesiástica, es como un estigma que avergüenza a quien lo padece; en que la felicidad no es más que el preludio de la catástrofe; en que todo anhelo se frustra, todo impulso se coarta, toda fuerza vital se desangra, lenta pero implacablemente, hasta extinguirse, en espasmos tan inútiles como incoherentes. Y si no se extingue no tiene otro cauce para manifestarse más que la locura y la muerte.

Pero en este pueblo silencioso y sumiso, fermentan rebeldías, inconformidades, insatisfacciones, ideas. Muchos de sus habitantes, obligados por la miseria, emigran. Van al Norte y regresan después de haber conocido y comparado otras formas de convivencia donde el individuo tiene un margen más amplio para ejercer sus potencialidades. Y comprenden que su situación, por sólida que parezca, es modificable. Que es suficiente decidirse y actuar. Valor no les

falta; poco tienen que perder; hombres con el pensamiento claro los guían a distancia. Cualquiera de ellos, acaso el más desesperado puede, en el momento oportuno, convertirse en caudillo. Y el momento oportuno llega cuando el malestar—que aquí hemos observado de cerca y minuciosamente en cada uno de sus personajes—se hace intolerable y estalla. Coincidiendo con la iniciación de un movimiento armado en otras partes de la República que, cada vez, cobra más fuerza y adeptos.

Los primeros en unirse al movimiento son aquellos protagonistas cuya generosidad, cuya fortaleza de ánimo, cuyo heroísmo latente habían permanecido incontaminados por la atmósfera que los circundaba. O cuya angustia era más insoportable. Van al encuentro de los sucesos, los preparan, los hacen posibles, no los padecen ni se dejan arrastrar pasivamente por ellos como los demás. Porque lo que ninguno puede hacer es sustraerse, apartarse, evadirse.

Yáñez termina su novela en el momento en que la Revolución empieza. Pero de la suerte de sus criaturas nos hace saber en libros posteriores. En *La creación*, por ejemplo, vemos aquellas vidas en agraz, aquellos destinos limitados a unas tristes perspectivas (como el de Gabriel, el campanero o el de María, la sobrina del cura o Victoria, la enigmática extranjera de aquel *pueblo de mujeres enlutadas*) alcanzando su plenitud y su total cumplimiento gracias a las nuevas condiciones del México post-revolucionario.

La visión optimista—que quizá Yáñez es el único que mantiene respecto a la evolución del país—aparece de nuevo en otra de sus obras de mayor aliento e importancia: *La tierra pródiga*, cuya acción se sitúa en la costa de Jalisco y en la época actual y nos da cuenta del proceso de desaparición de una lacra social—el caciquismo—no gracias a disposiciones legales ni a medidas políticas, sino simplemente al surgimiento de un nuevo tipo humano que lo sustituye y que lo anula: el del técnico.

El cacique resulta operante en un medio en que el arrojo, la astucia animal, la falta de escrúpulos morales aseguran la supervivencia. Es decir, en un medio bárbaro. Pero cuando la barbarie va siendo conquistada por la civilización la inteligencia se coloca por encima de la fuerza y del instinto. Uno de los momentos más patéticos de la novela es aquel en que el cacique, Ricardo Guerra Victoria, fuera de su ambiente natural, tiene que enfrentarse con los hombres de otra especie, con los planificadores, ante los cuales resulta lastimoso y ridículo.

Agustín Yáñez auna, al mérito de ser el iniciador de una corriente, (la del realismo crítico, en la que el escritor se sitúa desde una perspectiva para considerar la totalidad de los hechos y sustenta una ideología que le permite juzgar esos hechos y mostrar su relación con los fines buscados) el de haber tenido siempre a su disposición una serie de elementos técnicos que van, desde las complejidades del monólogo interior, a la manera de Joyce, hasta la yuxtaposición de situaciones y tiempos, aprovechando las experiencias de Huxley, hasta el uso del lenguaje popular y de sus giros más característicos. Esta flexibilidad está respaldada por uno de los vocabularios más ricos y por una arquitectura idiomática impecable.

Precursor y maestro de toda la generación actual de narradores, Agustín Yáñez lo es por su afán de interpretar la historia patria y de valorar las conquistas de la Revolución y de expresar sus hallazgos recurriendo a los procedimientos técnicos más novedosos y disímbolos tomados de tradiciones literarias ajenas a la nuestra pero esforzándose por asimilarlos a nuestra idiosincracia y puede legar a sus discípulos todo, menos su optimismo.

Para Juan Rulfo—autor de una sola novela *Pedro Páramo* que ha sido traducida a trece idiomas y reeditada varias veces en su lengua original—la historia, por lo pronto, no existe y si existe carece de dinamismo. El tiempo transcurre,

naturalmente, y su transcurso acarrea acontecimientos que, por importantes que parezcan no alteran las estructuras profundas de la realidad en que el mexicano viene viviendo desde épocas inmemoriales.

Pedro Páramo, por ejemplo, es un cacique. En el pueblo que señorea, Comala, su poder no encontró obstáculos para extenderse y permanecer ni en los movimientos armados (que se sucedieron desde 1910 hasta 1930) ni en las leyes e instituciones que dimanaron de ellos. Pedro Páramo, ávido de posesiones, despreciador de la vida ajena, concupiscente y sensual, impone sobre los lutos tradicionales de la provincia, el silencio. Su figura está presente siempre entre los amigos para crear una atmósfera de miedo, de desconfianza, de posibilidad de delación. Entre los amantes se interponen, como emisarios de Pedro Páramo, los celos y la cobardía del varón, el consentimiento, secretamente ufano, de la mujer. La personalidad arbitraria y despótica de Pedro Páramo crece en la medida en que sus opositores están despojados de nervio, de rebeldía para enfrentarse. Su pedestal se finca en la abyección, cada vez más servil, de los otros.

Pedro Páramo lo tiene todo—hasta un heredero—para perpetuarse. Sin embargo, lo roe una debilidad íntima: su amor por Susana San Juan, un amor no correspondido, un monólogo que la locura impide escuchar a aquella a quien va dirigido y que la muerte interrumpe. Esta pérdida irreparable despoja a Pedro no sólo de sus atributos de dominador sino también de su deseo de continuar viviendo. La comarca, de la que es dueño, es abandonada a su suerte. Las familias, que han soportado la ignominia de su trato pero no pueden resistir la miseria a que los reduce su inercia, emigran. Comala se convierte en un pueblo de fantasmas al que alguna vez llega el único hijo legítimo de Pedro, un joven sensible y receptivo, que pronto empieza a escuchar los “murmillos” que salen de las casas deshabitadas, que, igual

que hojas secas, son arrastrados por el viento en las calles desiertas. Esos murmullos que evocan un pasado de violencia y tiranía y van hundiendo al recién llegado hasta los estratos más profundos de la memoria colectiva hasta disolverse en ella y convertirse en su intérprete relator. Un momento, ante nuestros ojos, resucita Comala y aparece ese "rencor vivo" que fue Pedro Páramo y seguimos su extraña trayectoria de hombre intangible, porque aún su muerte no logró herirlo desde afuera sino que tuvo que esperar a que él mismo "se desmoronara como un montón de piedras" cuando el último resorte de su voluntad de vivir quedó roto.

En este libro alucinado y alucinante la provincia es todavía lo más entrañable de la nación. Para otros autores, para Carlos Fuentes, las raíces hay que buscarlas en otras partes. Se desplaza a la capital, al sitio al que confluyen los mexicanos de los más diferentes rumbos de un país que es un mosaico de razas, de dialectos, de costumbres, de climas, de áreas sujetas a diferentes influencias internacionales, de niveles de cultura que oscilan entre la magia y la ciencia, de un país cuya cohesión—difícil, inestable—va lográndose al través de los siglos gracias a unos cuantos elementos: la religión y la lengua, ya traídos por los conquistadores españoles. Y después una necesidad cada vez más profunda y más lúcida de adquirir la conciencia del propio ser, conciencia a la que se va llegando en un penoso, lento acceso y siempre después del derramamiento de sangre. Es como un bautismo gracias al cual se adquiere nombre y con el nombre la personalidad, el carácter, las actitudes, los gestos, lo que define y señala.

En *La región más transparente*, la primera novela de Fuentes, se proponen dos posibilidades para definir a México y a lo mexicano. Una que encarna Ixca Cienfuegos y que pretende una vuelta al origen, un renacimiento de los ídolos prehispánicos, una purificación de los enormes pecados

de nuestra historia al través del sacrificio humano. Este acto propiciatorio a las potencias que, no por el hecho de haber sido sepultadas y desconocidas han dejado de regir nuestro destino, esta reverencia mágica, pondría delante de nuestros ojos el espejo de obsidiana en el que nos sería posible contemplar nuestro rostro verdadero, entender nuestro pasado, enfrentarnos a nuestro futuro.

Pero lo que Cienfuegos encarna se contrapone con lo que enuncia el poeta Manuel Zamacona, un hombre nutrido de la cultura occidental, heredero de las tradiciones europeas, quien traza la ruta del país arrojando por la borda el peso muerto de la arqueología, de las inoperantes e inasimilables civilizaciones prehispánicas, para incorporar a México al vasto movimiento mundial de desarrollo, apoyado en la técnica, en la planificación, en el ejercicio de los atributos intelectuales.

Si Ixca Cienfuegos vuelve los ojos al pasado y Manuel Zamacona se proyecta hacia el futuro, Federico Robles es el hombre que disfruta del presente. Tiene derecho. Él fue de los que comprendieron oportunamente que la Revolución, que en sus principios sostuvo postulados agraristas, rectificó después su dirección hacia los grandes centros urbanos. Centros cuya magnitud crece por la afluencia de campesinos sin tierras, de pequeños propietarios sin garantías y de latifundistas ricos. Para todos ellos hay que preparar el sitio donde han de vivir. ¿Qué mejor negocio, entonces, que la venta de fraccionamientos? Los lotes aún no acaban de ser acotados y ya se los disputan, cada vez a precios más altos, los aspirantes a dueños. Y hay que tener en cuenta también, que la Segunda Guerra Mundial arroja a nuestra altiplanicie a miles de repatriados que exigirán alojamiento.

Robles inicia su fortuna como fraccionador pero la amplía pulsando todos los registros de los negocios. Entre los lujos que el dinero le proporciona está una es-

posa bella elegante y la frecuentación de algunos intelectuales a quienes le place escuchar. En las discusiones que se refieren a asuntos nacionales Federico Robles no es un oyente pasivo: defiende su conducta y la de su clase con habilidad, pero no con cinismo. Tiene la convicción de que es él y son los hombres como él los que constituyen la única fuerza real y dinámica de progreso y que sin ellos—que arriesgan su fortuna en inversiones a veces temerarias, que crean fuentes de producción y de riqueza, que impulsan y aceleran el tránsito de una economía agrícola a la industrial—México no podría vanagloriarse ni de su prosperidad ni de la estabilidad de sus instituciones políticas. Ellos constituyen la burguesía y si alguno, en su juventud fue idealista y enarboló banderas como las de Zapata, no ha llegado a la madurez sin adquirir el sentido práctico y el significado de ciertas palabras: posible, oportuno.

Pero aunque Robles alardee tanto de su habilidad, la de sus rivales es mayor y logran arruinarlo. Su nueva situación le permite reflexionar más desinteresadamente acerca de las diversas fases por las que ha atravesado la Revolución. Aquí es donde el autor deja a su protagonista con el camino abierto hacia la autenticidad.

Esa autenticidad que rechaza siempre Artemio Cruz, cuya vida y muerte nos narra también Carlos Fuentes. La reconoce al través de cualquiera de sus máscaras: el amor, la lealtad a las personas o a las convicciones, el patriotismo. Y le da la espalda para correr siempre tras el éxito.

La trayectoria de Artemio Cruz podría considerarse arquetípica de la nueva casta que gobierna al país y que posee la riqueza. De extracción humilde (bastardo de una familia que ya en tiempos del General Díaz se hallaba en decadencia) Artemio Cruz ve en *la bola* una ocasión de aventura. De su único maestro ha recibido una única enseñanza: el anticlericalismo. Armado de esta precaria ideología se lanza a

la contienda. Pronto comprende que ésta se reduce a rivalidades personales entre caudillos y aprende a ingeniárselas de tal manera que cuando llega momento del armisticio él se encuentra del lado del vencedor. Está en la flor de la vida, ostenta un grado militar cuyo uniforme hace que resalte la arrogancia de su figura. Las puertas de las casas de abolengo—cuyo dueños no salieron mal librados del desastre—no se le cerrarán. Y cuando pida la mano de una señorita de alcurnia le será concedida junto con su dote.

Desde el punto de partida de una hacienda, que Artemio administra como cualquier patrón porfiriano que ha aprendido que cierta dosis de benevolencia es indispensable para un más largo disfrute de los privilegios, lucha para ingresar en el mundo de la política. Ya situado allí su olfato le indicará cuál es el momento adecuado de abandonar a un protector para ofrecer su adhesión, cada vez mejor apreciada, a otro.

Paulatinamente el estilo de gobernar cambia en México. A la violencia sucede la intriga y a la embriaguez de los placeres el sereno disfrute de la riqueza. Artemio Cruz, primero instrumento y después aliado de inversionistas extranjeros, extiende sus tentáculos hasta los más ocultos rincones del país donde exista alguna materia susceptible de ser explotada. Y dirige un periódico que guía la opinión nacional de acuerdo con sus intereses y con los de su casta. Contra sus adversarios es implacable y no vacilará en recurrir a ningún medio para nulificarlos. Es temido, adulado, envidiado, asediado, odiado e inamovible. Su estructura monolítica no ofrece fisuras por donde pueda filtrarse un rayo de conciencia, un vislumbre de arrepentimiento. No se rinde al amor, ni a la piedad, ni a la gratitud. Sus sentidos son incapaces de jugarle una mala pasada porque los mantiene bien cebados con productos de la mejor calidad. ¿Entonces? No queda más que la muerte, tan cara a nuestro pueblo,

y aún ésta es completamente ineficaz. Porque en este caso su poder se limita a borrar un nombre de la lista. ¿Pero cuántos más quedan para envilecer el nombre de la Revolución, para convertir sus exigencias más profundas y urgentes, en retórica barata; para traficar con la justicia; para despojar a los inermes; para exprimir a los útiles; para encarcelar a los que no se conforman; para corromper a los que tienen ideales? ¿Cuántos quedan para decir: "La Revolución soy yo," "México soy yo"?

Novela más que escéptica, pesimista, *La muerte de Artemio Cruz* es la primera tentativa de integrar literariamente la totalidad geográfica, étnica y social de la nación. El paisaje va de la costa al desierto, de la aldea a la capital, del suburbio a la colonia rica. En las venas del protagonista desembocan las tres corrientes de sangre que nos sustentan: la del indio, la del europeo, la del negro. Y sube, escalón por escalón, todos los peldaños que van del anonimato y la miseria al renombre y la abundancia. Y desde arriba abarca con su mirada esa totalidad de la que se siente, como todos los otros de su casta, el dueño.

El ámbito de las novelas que hemos mencionado hasta aquí (de Yáñez, de Rulfo, de Fuentes) era, o pretendía ser, el de México. Pero vamos a asistir ahora a un fenómeno de reducción. El punto de mira del novelista se fija en grupos que, de ninguna manera podrían ser representativos de la nación. Porque son minoritarios, porque son marginales. Se trata de los indios que sobrevivieron a la Conquista, a la esclavitud, a la servidumbre; que no fueron asimilados por el mestizaje y hasta los cuales no han llegado los beneficios de nuestras luchas por la justicia social.

Aislados en territorios inaccesibles o por sus culturas primitivas; amurallados en sus dialectos incomprensibles y sus cosmogonías esotéricas, los indios han tentado siempre la imaginación de los escritores que, sin embargo, no acertaron jamás a acercarse a ellos. Los ganaba un senti-

mentalismo previo, una "vieja lágrima" que deformaba su visión. O los perdía una sensación de distancia insalvable, una perspectiva desde la cual los indios resultaban exóticos.

Tuvo que venir un antropólogo, Ricardo Pozas, y redactar, con sus propios métodos de investigación y de trabajo, la biografía de un tzotzil, de un habitante de la zona fría de Chiapas, de Juan Pérez Jolote. En estas páginas se lograban dos aciertos muy valiosos: la objetividad del tratamiento y la individualidad del personaje. ¿Indio? Sí. ¿Extraño para nosotros? Sí. Pero, en última instancia, en lo esencial, un hombre como cualquier otro. En algunos momentos privilegiados, una persona como la que, a veces, llegamos a ser. Y, en el instante de la decisión, un mexicano.

A partir de entonces la novela indigenista rompió sus viejos moldes y fue posible la aparición de *Los hombres verdaderos* de Carlo Antonio Castro, de *La culebra tapó el río* de María Lombardo de Caso, de *Balún-Canán* y *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos, donde el indio vive o convive con el blanco.

A primera vista se tiene la impresión de que el papel de víctima corresponde al indio y el de verdugo al otro. Pero las relaciones humanas nunca son tan esquemáticas y las sociales lo son aún menos. Las máscaras se cambian a veces, los papeles se truecan. La espada de la injusticia, dice Simone Weil, es una espada de dos puntas y hiere tanto al que la empuña como al que se encuentra en el extremo contrario.

Por otra parte el tema, concebido ya de una nueva manera que podría llamarse dialéctica, no exime al autor (como lo había hecho antes) del cuidado del estilo. Es precisamente por medio del estilo como van a manifestarse situaciones que son excepcionales, pensamientos y conductas con los que aún no nos hemos familiarizado.

Si ya el paso de la novela nacional a la

novela indigenista significó, según hemos visto, una reducción del ámbito, hemos de asistir ahora a otra. El círculo se estrecha alrededor de unos hombres cuyo único punto en común es el desempeño del mismo trabajo. Son los agentes de migración de la novela de Sergio Galindo, *La justicia de enero*. El título nos indica cuál ha de ser el tema central. Los personajes giran alrededor de esa fuerza equilibradora de los componentes de la sociedad y son los encargados de administrarla, de impartirla. Pero cada uno de estos agentes vive la justicia y la aplica de una manera peculiar. Para alguno es el nombre que protege su sadismo con la impunidad. Para otro no representará más que una rutina, semejante a las demás, con la que un hombre puede ganarse la vida; para aquel la credencial es una especie de escudo protector de los abusos de la fuerza y de las arbitrariedades ajenas. Y no faltará quien convierta a la justicia en tema de meditación y reflexiones, en piedra de toque de conflictos morales, en medida para calcular la distancia entre la ley y el hecho que, bajo su enunciado, se produce.

El hábil contrapunto, la amenidad de la narración, el vigoroso dibujo de los personajes, la coherencia interna y la necesidad de su desenlace ponen a *La justicia de enero* varios codos por encima de otras producciones del mismo autor donde el círculo continúa estrechándose. En "El Bordo" contiene a una familia de la clase media que, aunque ya ha adquirido la pasión de poseer y el vicio de conservar aún no ha acertado a llenar con ésto el vacío de su vida. Y el héroe la despilfarró a manos llenas hasta estrellarse y destruirse.

En *Polvos de arroz* la atención del novelista Galindo se concentra en una solterona a quien el aislamiento ha hecho perder el sentido de las proporciones y la noción de sí misma, hasta el grado de pretender salvarse de su soledad por el amor de un adolescente.

Estamos pues en el momento en que el hombre deja de ser un ente social, como diría Lukacs, comunitario, *zoon politikon*, para convertirse en un individuo, en una mónada. Nos encontramos en el umbral de la novela psicológica y al escritor, según el mismo teórico húngaro, no se le presentan más que dos alternativas: mostrar la banalidad de lo cotidiano o elegir lo excéntrico entre lo cual ocupa un sitio preponderante lo patológico.

Sergio Fernández—autor de *Los signos perdidos*—elige lo primero. Sus personajes, para escapar al hastío, analizan sus estados de ánimo, hipertrofian su importancia, se apasionan, aunque cambian con tal veleidad de objeto, que la pasión no tiene tiempo de convertirse en motor de acción ninguna. Y hay que observar otro fenómeno: el lenguaje comienza a convertirse en un problema: como vehículo de comunicación—que, a fin de cuentas, es lo que es—ha cesado de funcionar. No revela la intimidad, no manifiesta lo secreto. Si sirve para algo es para que las conciencias individuales, en sus soliloquios, puedan darle un nombre, más o menos aproximado, a los procesos psicológicos de los que son, al mismo tiempo, actores y espectadores.

En *El libro vacío* de Josefina Vicens la necesidad de comunicación del protagonista, José García, alcanza una intensidad tan angustiosa que recurre hasta a la palabra escrita. Y fracasa. Cada hombre es, para decirlo con el hermoso verso de José Gorostiza, una isla de monólogos sin eco.

Pero en *El lugar donde crece la hierba* de Luisa Josefina Hernández (que es de esta constelación de obras la que ocupa el sitio de honor, por su hondura, por su patetismo, por su belleza) sucede algo mucho más grave. El lenguaje se usa como un instrumento para ocultar la verdad, para cubrir los hechos, para hacer más impenetrable el silencio. Texto redactado en primera persona nos muestra un caso patológico: una neurosis cuyo núcleo lo

constituye un agudo sentimiento de culpa y una exigencia compulsiva de punición.

Demos un paso más, al mundo de los enfermos mentales y de los médicos encargados de atenderlos. Estaremos en los dominios de lo que se ha llamado "novela psicoanalítica" cuyas cultivadoras principales son Lydia Zuckerman (en sus dos obras: *Anoche tuve un sueño extraño* y *Recuerdo, triste columpio*, hasta ahora inédita) y Emma Dolujanoff. Si la primera se demora en los pasos de la terapéutica la segunda se precipita a la crítica de los métodos, cuya inmoralidad exhibe en su novela *Adios, Job*.

Estos experimentos, más o menos interesantes, más o menos logrados; estas desviaciones, más o menos caudalosas, no deben interpretarse como una mengua de la corriente principal que continúa siendo el realismo crítico. Tomás Mojarro en *Bramadero* nos hace regresar a la provincia de Yáñez y de Rulfo para que encontremos de nuevo los mismos elementos, el mismo juego de fuerzas entre liberales y conservadores, la misma problemática, en fin, que ya habíamos heredado del siglo XIX español, al través de las páginas de Pérez Galdós y de Pardo Bazán.

Lo desolador es que Tomás Mojarro es joven y que no hace novela histórica sino

que capta un momento que todavía no acaba de pasar. Leerlo nos obliga a poner en crisis todo lo que acerca de que la Revolución ha alcanzado sus metas y México es un país próspero nos juran las estadísticas, nos repiten los informes de los expertos, nos demuestran las investigaciones de los sociólogos, nos machacan los discursos de los políticos y nos obsesionan los titulares a ocho columnas diarias de la prensa.

Porque el testimonio del escritor mexicano es válido y debe confiarse en su palabra. No se sigue la vocación de escribir—de la que todavía puede decirse lo que dijo Larra que, en países como los nuestros es sinónimo de llorar—con la esperanza de alcanzar prestigio, riqueza, popularidad. Los móviles han de ser de otro orden. La urgencia de aprehender la realidad y expresarla en formas estéticas puede ser uno, y muy fuerte. El imperativo moral de denuncia, otro. Y, acaso, el afán de sobrevivir en una página, rodeados de todo lo que hemos amado, de todo lo que nos ha sido intolerable y doloroso. De lo que nos sublevó y de lo que nos apaciguó. Asidos a ese relámpago momentáneo a cuya luz sorprendimos la belleza, el orden, la ley y el sentido del mundo y de nuestra propia vida.

CHANGE OF ADDRESS

Those who will have a new address in September should notify L. H. Turk by August 1, using school address if new home address is not known. After August 10, send all communications to the new Secretary-Treasurer, J. Chalmers Herman, East Central State College, Ada, Oklahoma.

A PROGRAM OF HISPANIC STUDIES FOR THE COLLEGE STUDENT

Copies, with covers, of *The Program*, by Gardiner H. London and Robert G. Mead, Jr., (printed in the May 1961 *Hispania*, pp. 383-406), are available for 50 cents (50 per cent discount on orders of five or more) from Dr. L. H. Turk, DePauw Univ., Greencastle, Indiana. Tell your students about *The Program* and urge them to order copies.